

METAMORFOSIS

PRIMERA PARTE

I

—*Dépêchez vous, ma sœur, dépêchez vous...*

Y la apacible figura de la superiora, asomó á una de las ventanas tapizadas de enredaderas, que caen al primer jardín del establecimiento.

Año por año eran estas primeras comuniones lo que más alborotaba al silencioso y aristocrático colegio del Santo Espíritu; cuando las buenas madres echaban el resto y cambiaban la faz del edificio, desde la

puerta de entrada, que barnizaban y sacudían unos días antes, hasta los confines del inmenso jardín interior, en el que penetraban dos ó tres jardineros inteligentes,—el de casa estaba demasiado viejo,—carretadas de heno y de arena, tijeras, podadoras y rastrillos. Y resultaba una semana de ansias y de carreras, aunque sin descuidar por un instante las prácticas piadosas ni las educativas.

Sobre todo, los tres días de *retiro* reglamentario sacaban de quicio á las madres, á las educandas mayores y algo á las *medianas*; pues las *pequeñas*, apenas si se daban cuenta de la solemnidad del acto que iban á consumir. Si acaso, las más nerviosillas, en las que se palpaba un marcado atavismo histérico, rompían repentinamente á llorar, pedían perdón á sus compañeras por travesuras inocentísimas y por hurtos infinitesimales: un pizarrín roto, una manzana mordida, un carrete de hilo; prometían á las religiosas una enmienda radical, una obediencia y una aplicación imposibles; besaban desesperadamente las estampas de los santos

y las cuentas de sus rosarios, cual empedernidas pecadoras en sincera crisis de arrepentimiento. Las otras, el grueso de futuras comulgantes, se la pasaban alborozadas, pero alborozadas como verdaderas mujeres, vale decir, alborozadas por dentro y disimulando el alborozo. Las pláticas sacerdotales no eran bastantes á conmoverlas, y cuenta que en ternísimas parábolas, versaban sobre asuntos solemnes: “¿qué es la vida sin la pureza?” “la santa eucaristía es el único alimento que conviene al alma,” “la muerte, cuando el espíritu va limpio, es una transfiguración, un viaje alado á las regiones celestiales, en compañía de querubines y de nubes de oro, con orquestas extrahumanas y delicadísimas.” En respuesta á discursos tales, muchas cabezas rubias y negras, de enmarañados y sedosos rizos, caían dobladas por el sueño, frente al sacerdote que las acariciaba y sonreía; que variaba el rumbo de sus charlas, para concluir con asuntos profanos que mantuvieran atento al auditorio: cuentos de ovejas desobedientes y pastorcitos descuidados, de lobos sin entra-

ñas y de perros exageradamente filántropos y valerosos.

Las madres tenían que ser un poco más severas — sobre que iba de por medio el crédito del colegio y el de la orden! — no toleraban cabeceos ni permitían risas; á cada rato hacían sonar las *señas*, que, con su estridente ruido, recordaban á las educandas sus deberes y las ponían tiesas y atentísimas. En su media lengua, de extranjeras que nunca dominarán el español, recomendaban á las “pequeñas” mayor compostura, más recogimiento, más exactitud en los movimientos semi-militares en que las adestraban con una paciencia infinita. La superiora misma, con sus años y todo, no desdeñaba corregir tal ó cual ademán, aquella genuflexión y esta reverencia. Su actividad era prodigiosa; vigilaba jardineros, aseo de la capilla y colocación de cubiertos; despierta, lacónica, ni triste ni alegre, siempre igual; con sabe Dios cuántos viejos padecimientos, que entre las arrugas de la frente, corrían á ocultarse en las profundidades de la toca blanca. Aunque poco expansiva, las alum-

nas la amaban, quizá más que las madres; pero quienes sobre todos por ella se preocupaban, eran las familias de las educandas; las mamás encopetadas que llegaban en sus carruajes á recoger á sus señoritas y las que iban á visitarlas una vez por semana, en los dos salones que quedan á un lado y otro de la entrada; los de piso encerado y brillante, de ventanas con vidrios apagados, de muebles en consonancia con la santidad del recinto; unos salones silenciosos, algo fríos, que huelen á claustro, más á claustro moderno y europeo, de los que describen en sus historias contemporáneas los novelistas parisienses. Salían conmovidas, encareciendo á sus hijas:

—Procure Ud. que la imiten, madre, que se parezcan á Ud.

Aquella tarde, — víspera del gran día, — la cosa andaba ya muy estricta, completamente apegada al programa fijado de antemano. Antes de la merienda, sor Noeline, la bella monja recién llegada, leyó una media hora la vida de santa Luisa, la alumna con que se honra la orden, la que por

sus virtudes alcanzó la canonización y es el perpétuo ejemplo de madres y educandas. Leía la monja torpemente, muy marcado su acento francés, tratando de disimular con guiños de ojos,—á la manera de los miopes,—con pausas prolongadas para deletrear las sílabas en su mente y soltar después las palabras desfiguradas; su voz harmoniosa y calmada, embelesando á las chiquillas.

Al concluir la merienda, toda salpicada de risas y charlas que se escapaban por las abiertas ventanas del refectorio, como murmullo de pajarera, vino el último ensayo de la procesión, en pleno jardín, el sol besando ya las copas de los árboles y los cristales de los dormitorios altos, el aire oliendo á rosas y á tierra húmeda, la atmósfera tibia, deliciosa, de tarde de mayo. Resultó la marcha con leves defectos, ligeras distracciones de las pequeñas ante la hermosura de los altares que servirían de paradas al día siguiente, cuando la solemne procesión se llevara á cabo. Hasta los jardineros suspendieron su tarea, los últimos toques á enramadas y arcos, para contemplar el

desfile aquel de niñas sonrosadas y mudas que caminaban de dos en dos, con ritmo de tropa, cruzadas de brazos y vestidas de luto; unas, con la mirada baja, pensando sin duda en las primeras y hondas impresiones que el confesonario origina; las más, sonriendo á la tarde y á su infancia.

La superiora misma, desde donde presenciaba la maniobra, las felicitó:

—*Très bien, mes enfants, je vous en félicite; rentrez-vous réposer.*

Y en tanto que el jardín se ennegrecía, el batallón celeste de comulgantes se precipitó en tumulto á la sala "*Mater admirabilis*," á rezar el sexto rosario de la jornada; las legas encendían tránsitos y estancias, y del "mundo" llegaron al colegio ecos desvanecidos del toque de Oraciones en la lejana basílica.

La cena terminó poco antes de las ocho; siguió un cuarto de hora de ejercicio meditativo, las alumnas separadas, cada cual por su lado, y vino después el ensayo de la comunión, con hostias sin consagrar; las comulgantas de rodillas, las madres reiterándoles

lo sublime de la eucaristía, la merced inmensa que Dios nos otorga al permitirnosla.

Después á la cama, en una de las salas de la comunidad, habilitada de dormitorio accidental, para evitar que las que van á comulgar por vez primera se distraigan en los dormitorios de las internas. Una madre vigila, y cuando las niñas están ya arrebujaadas bajo las sábanas, reparte agua bendita á una por una. Sor Noeline,—á quien encomendaron tal vigilancia,—cumplió su cometido á maravilla; arrulló á las que dormían; compuso algunos embozos; acarició á las despaviladas, las que con sus ojos abiertos en la media luz de la habitación, pensaban, pensaban á su modo, en el misterio ése que se aproximaba, que se realizaría dentro de unas cuantas horas.

—Duérmete, Nona,—dijo sor Noeline en voz baja, á una criatura rubia que al recibir el agua bendita, oprimió nerviosamente la mano suave de la religiosa.

—Si no tengo sueño, madre; vea Ud., cierro los ojos y no me duermo; me acuerdo de mi mamá!

Recuerdos muy vagos; romanticismos de chiquilla que conforme crece se entera de que tuvo mamá porque en su casa le muestran fotografías, el retrato al oleo que cuelga en el salón; le dicen que está en el cielo, rogando por ella; nostalgias de sér débil que instintivamente lamenta el prematuro y eterno abandono.

¡Pobrecita Leonor! ¡pobrecita Nona!—como la llamaban todos—contando ocho años de edad y de huérfana . . . ; interna en el Santo Espíritu hacía dos; mirando á su padre sólo en los días de visita y durante las vacaciones, un mes á lo sumo, allá, en la "hacienda," que se llenaba de amigos cazadores, de tiros de escopeta y de comilonas que á ella la aburrían, que la derribaban muerta de sueño en un extremo del mantel, al lado de su papá y de su niñera.

Sor Noeline amaba á esta niña con toda la fuerza de que puede ser capaz una joven consagrada á la Iglesia y que tiene acerca del amor equivocada noción. Sentía hacia ella hondas ternuras casi maternas; cuestión de su sexo, nacido más para la mater-

nidad fisiológica que religiosa, para la maternidad que hiere y premia, la que se compra á costa de grandes dolores y trae en cambio dichas más elevadas que la oración y que el ayuno. Apenas si se daba cuenta de su afecto, apenas si sospechaba su causa originaria; diríase al verla, que era una mamá ignorante y púdica, ajena á las manifestaciones ruidosas: los grandes besos y los estrechos abrazos que sólo una madre de veras sabe dar. La orfandad de Nona la interesaba, y como casualmente la tenía en el dormitorio por ella guardado, intimaron pronto; una intimidación hechicera, formada de candores y de inacabables charlas á propósito de fruslerías: “¿qué pensarán los pájaros?” “¿cuánto dinero cabría en el jardín del colegio?” “¿es malo tratar de parecerse á la Virgen?” formada también de recuerdos mutuos que se cambiaban á la hora del recreo, sor Noeline explicando cómo era Burdeos, su tierra, y Nona contando lo que es una “hacienda,” hablando de los caballos que su papá montaba y de la cabrita que ella prefería. En ocasiones,

sobrevenían preguntas tremendas de parte de la educanda, con las que metía en aprietos á la religiosa:

—Sor *Noelina*, ¿por qué no se casa Ud.?

Y la pobre monja, entre rubores y balbuceos, respondíale que no era posible, sin más argumentos:

—¡Nosotras no podemos casarnos!

—¿Uds. no pueden casarse?—repetía Nona mirándole los hábitos, cual si adivinara que en ellos se escondía la clave del enigma,—¿y por qué?....

—Pues porque no podemos, nos está prohibido—replicábale turbada sor Noeline.

—¡Ah!—finalizaba Nona muy convencida; y seguía su plática sobre la “hacienda.”

En las mañanas temprano, pero muy temprano, iba su papá á despertarla á su cama, abriendo antes las ventanas por las que se entraban escasa luz, claridades de luna y estrellas, y rumores que en un principio la asustaban, inexplicables, confusos, de perros que ladraban, de cantar de gallos, balar de ovejas y mugir de toros. Confesaba miedo y su papá se reía:

—¡Qué linda eres mi Nona! Si no es nada; es el ganado que se va al monte; anda, levántate á verlo, ven!..... Muy envuelta en sus sábanas, en brazos se la llevaba hasta los balcones del comedor,—que dominan los interiores de la casa,—y en ellos, tras de los vidrios y tras de la bruma gris del amanecer, contemplaba el cuadro, todo el despertar de una finca de campo: aquí la ordeña, allá el humear de la ranchería; los capataces á caballo, recon-tando yuntas y peones, frente á la puerta grande; en inmenso tropel, las vacas, los toros y los recentales, arreados á silbidos y latigazos en el aire por unos chicuelos descalzos, que saltaban las trancas caídas del corral; y del lado de la sierra, entre dos picachos, de repente, una bola de fuego que incendiaba nubes y crestas de montañas, que crecía, crecía en un instante y en un instante doraba los árboles y la única campana de la torre de la iglesia, para luego recostarse á lo largo del camino real y dar á bestias y caminantes enormes proyecciones.

—¡Mira mi Nona, mira el sol!

Y en los gallineros, en las caballerizas, en el monte y en los sembrados, hombres y animales poníanse contentos de saludarlo, los campos y la hacienda se alegraban. Anunciaban el desayuno y los huéspedes de su papá comenzaban á salir, á cargar á Nona y hacerla cariños; su *nana* la cogía para ir á asearla....

—¡Tú qué?.....—la interrumpía sor Noeline.

—Mi nana, Manuela, la que viene á visitarme.

—Esa es tu aya.

—No, sor *Noelina*, qué aya ni qué aya, mi na-na,—apoyaba Leonor riendo. Y como no se ponían de acuerdo, reanudaban la conversación; continuaba la pintura de la existencia rural de la huérfana. Su papá y sus invitados se marchaban vestidos de cazadores con escopetas y morrales....

—Y unas polainas de cuero, así de grandes, sor *Noelina*.... —decía Nona, llevándose la mano á las rodillas. Marchábanse á caballo ó en los carruajes de la hacienda, provistos de botellas, de fiambres; con

cauda de perros y de criados, armando un estruendo formidable. Ella se asomaba con su nana á verlos partir; en ocasiones, llevábanse hasta el puente, hasta la ranchería, y allí las dejaban, allí se despedían de nuevo, los caballos alborotados, jadeantes los perros, y en los rostros de todos, retratada una alegría de salud y de fuerza. Allí venían los últimos cariños, las monedas de plata que le arrojaban los huéspedes:

—“Hasta la noche, mi Nona, haz lo que quieras; come, juega, rompe; ya sabes que tú mandas, que eres la princesita....”

Arrancañan á galope, cubiertos de sol, desvanecidos por el polvo, entre gritos y carreras; dominando el tumulto, escuchábase la voz del papá, semivuelto en la montura:

—“Manuela! mucho cuidado con mi hija; no la deje Ud. sola!....”

El ruido moría; las nubes de polvo se enroscaban en el aire, y de la ladera del monte, en algún peñasco, los pastores se descubrían con religiosos respetos, al pasar del amo que mandaba la cabalgata enloquecida.

Después, una vagancia completa de Leonor y su nana, solas en el caserón, en la huerta, en el jardín y en los corrales. En la sala, poníanse á manotear en el viejo piano, un piano cuadrado, comido por la polilla y que sonaba á guitarra destemplada. Manuela la enseñaba canciones de su pueblo, muy tristes, de celos, abandonos y cementerios, y Nona la acompañaba según su leal saber y entender, que no era mucho, por lo que resultaban cantos y acompañamientos en perpétua y descomunal batalla, una maraña de notas y de voces, imposible de desenredar. Algunos chicos, en su mayoría indios, apiñábanse en la vidriera del corredor á escuchar el concierto, y Nona entonces, adquiría gravedades de maestro *al cembalo*, corregía á Manuela y aún la hacía repetir tal ó cual romanza, defectuosilla en su concepto.

—¡Nana, esto no está bueno, vamos otra vez!

Si el estudio éste se efectuaba al concluir de comer, en la hora pesada de las 3 de la tarde, cuando el sol abrasa campos y casa, y

las chicharras cantan en los pajonales, y los peones se tiran á descansar bajo los árboles aislados que, á manera de islotes, se ven en medio de las sementeras; cuando los bueyes de labor, desuncidos del yugo, échanse á rumiar la pastura comida en la mañana y á contemplar el horizonte con sus ojos melancólicos y casi humanos; cuando todo era calor y silencio, también la maestra y la discípula dormían su siesta, Nona, clavada encima del teclado, y Manuela, sentada á sus pies, sobre la alfombra, rodeando el banquillo con un brazo, para defender á su criatura.

Otras ocasiones, se pasaban el día en la biblioteca, un cuarto espacioso que olía á humedad y á vejez; con muebles antiguos, de monasterio; librerías alambradas, una mesa de pies retorcidos; dos sillones desfondados y semejantes á los de las sacristías de los templos; y un aparato grande, de madera, con cuatro atriles que giraban. . . .

—Eso se llama facistol—exclamaba sor Noeline.

—Bueno, pues facistol—repetía Nona indiferente.

También allí pasábanse las horas muertas, rodeadas de libros enormes, en pergamino; construyéndose con ellos escaleras, camas, almohadas y escondrijos; fabricando torres que luego derribaban entre las dos y que caían deshojadas, las pastas abiertas, como heridos que tendieran los brazos para minorar su caída. A veces, cuando las interesaba una estampa, un grabado cualquiera, Manuela pedía la lectura del texto y Leonor deletreaba el asunto, que casi siempre les resultaba incomprensible ó insulso. Las divertía más un nido de golondrinas, en el coronamiento de una de las librerías altas, en donde se desgañitaban los polluelos mientras duraba la ausencia de los padres, quienes se entraban por un vidrio roto, con volteos confianzudos de dueños de casa.

Comían solas en el gran comedor, en charla tendida con los criados, que poco á poco iban apareciendo hasta reunirse todos, grandes y chicos, seguidos de perros y de gallinas con cría, graves, que no alzaban una pata sino después de maduras reflexio-

nes, el cuello enarcado y la cabeza doblada. De las muchas cosas que Nona aprendió entonces, aunque sin entenderlas mayormente,—tales como preñeces de yeguas, pestes porcinas y amoríos de gañanes,—ocupó lugar prominente un terror pánico hacia lo sobrenatural: duendes, resucitados y aparecidos!.... Terror que aún ahora, en el sereno dormitorio del convento, la despertaba con pesadillas y sudores.

Y era comprensible. Aquellas buenas gentes, su nana inclusive, creían firmemente en historias tales; temían la obscuridad, prestaban lenguaje á las descargas eléctricas, significado al triste canto de las aves nocturnas, maléfica influencia á los gatos negros, y en cuanto á que los muertos vuelven, lo que es éso sí que nadie se los sacaba de la cabeza. Testigos había que lo aseguraban, que tuvieron sus pláticas con difuntos de verdad, sacándose ataques y dolencias por su osadía. El cementerio de la hacienda, el rústico cementerio ubicado rumbo á la presa, al que pedían la hospitalidad suprema los pobres muertos de los

villorrios vecinos, era un sitio vedado hasta para los más valerosos de la finca. Ni los guapos de oficio, los que desbravaban potros brutos y los que le metían una bala á los leopardos del monte, nadie se aventuraba después del toque de ánimas en ese recinto de la muerte. Sólo la luna se atrevía con él é iba y plateaba con dulce melancolía las toscas cruces y las coronas marchitas que adornaban sus sepuleros.

De ahí los miedos de Manuela y Nona,—cuando la cacería se prolongaba ó don Rafael Bello pernoctaba en las haciendas amigas—ante el silencio y desamparo de la casa en las altas horas. Despiertas y muy juntas, prestaban oído á los infinitos ruidos errantes que ofrecen los campos y la noche; juntas oraban por las almas en pena,—que no otras podían causar los ruidos fatídicos,—y juntas mal dormían en la misma cama, dejando por precaución una vela encendida, amén de la veladora de aceite. Y al día siguiente, narrándole á su papá los sustos, éste se ponía meditabundo, como se ponen los hombres que no se conforman

con la existencia que llevan, si se remueven ciertas cosas. Miraba mucho á Nona, acariciábala el cabello y murmuraba:

—No creas en los disparates de estos imbéciles; los muertos no vuelven y es lástima que no vuelvan. Volvería tu madre, que buena falta nos hace á ti y á mí..... á mí especialmente!

—¿Y aquí, en la ciudad, tampoco te acompaña tu papá?—inquiría sor Noeline.

—¡Uy!—exclamaba Nona—aquí menos; hasta tres y cuatro días me he pasado sin verlo.

—Pero ¿por qué?

—Pues quién sabe, sor *Noelina*, será porque todavía soy chieca..... Oiga Ud., sor *Noelina*, ¿no quisiera Ud. irse conmigo á la hacienda?.....

—*Quelle idée, mon enfant!* Ya sabes que las religiosas no vamos á ninguna parte.

Y al concluir el asueto se separaban, para recomenzar sus diálogos en la oportunidad más próxima, en la que, ó continuaban divagando sobre la hacienda de Nona ó la interesante monja hablaba de su país, de su

inolvidable Burdeos, más bien con el objeto de embriagarse en sus propios recuerdos que con el de saciar la natural curiosidad de su amiguita.

—Sor *Noelina*, pero ¿de veras es tan bonito su Burdeos de Ud.?.....

Entrecerraba sor Noeline los ojos, sin abandonar las manos de Nona, y con su voz cristalínamente armoniosa, su voz casi celeste con que embelesaba á las alumnas, evocaba su ciudad natal.

—Es más que bonito, Nona, mucho más, es encantador. Imagínate.....

Y la ciudad meridional nacía palmo á palmo, se ensanchaba, crecía, cobraba vida y movimiento; una vida fantástica, de lugar lejano que un amoroso recuerdo resucita y una ausencia hermosea; un movimiento exagerado, con el que engañándonos á nosotros mismos, regalamos en el destierro al rincón que meció nuestra cuna. Paseos y monumentos, calles y plazas surgían de los labios de sor Noeline, cual si ella fuera un arquitecto sobrehumano. Sus años infantiles reaparecían trayéndole un mundo de empol-

vadas reminiscencias, que ahora puntualizaba en sus menores detalles. Recordaba, por ejemplo, una muñeca que dtró asomada más de una semana en la vidriera de una tienda del *Cours de l'Intendance* y que al fin no fué suya; recordaba el jardín *des Quinconces*, donde jugaba al aro en las espléndidas tardes otoñales de su tierra, mirando de un lado árboles, césped y flores, y del otro, los buques, los regueros de barriles y fardos, la febril actividad del puerto y su río, su Garona, que se deslizaba mansamente, retratando la ciudad y el crepúsculo en las diminutas y rizadas crestas de sus ondas azules.

La familia de sor Noeline vivía en la orilla derecha del río, en la Bastide; una casa de campo pequeña y humilde, en la que holgadamente cabían sus padres, su hermano y ella, en medio de las escaseses de dinero que los atormentaban; su padre, achacoso y sin poder trabajar; su madre realizando prodigios de economía para que el muchacho acabara sus estudios. Con su adorable dulzura hablaba sor Noeline de su

pobreza, y Nona, que ni de nombre la conocía, quedábase pensativa, en complicados esfuerzos de comprensividad. Acabó el hermano sus estudios y se separó de la familia; embarcóse en un transatlántico de las "Mensajerías Marítimas," en calidad de oficial subalterno, y un buen día se despidieron, allá, en Pauillac, frente al paquete monstruo que cabeceaba insensible.

—Jamás has visto un buque?

—No, sor *Noelina*, sólo pintado.

—Pues hay que verlos; haz que tu papá te lleve á Veracruz.

De pie en el embarcadero, contemplaron la partida del "*Equateur*," á cuyo bordo se instalaba Honorato por tiempo indefinido. Lo miraba aún, muy guapo dentro de su flamante uniforme; lo miraba saludarlos á ellos, que lloraban en estrecho grupo, que se apartaban los pañuelos para agitarlos en el aire, en tanto que el novel marino, asomado á la baranda de popa, asido á la asta de bandera, decíales adiós con su gorra, muchas veces, muchísimas, y que el pabellón francés lo cubría con sus pliegues, cual muda pro-

mesa á la madre inconsolable, de que nunca desampararía al hijo viajero, nunca, nunca!..

Y durante un año, á pesar de las congojas que con sus ausencias hacen nacer los marinos en sus hogares, reanimóse la familia, alimentó esperanzas de mejorar con el sueldo de Honorato, principiaron los ahorros para la dote de *ma Noeline bien-aimée*,— como tiernamente la llamaba su hermano á cada regreso.

Qué fiestas las de estos regresos! Después de la comida, en el estrecho comedor de la casita, bajo la simpática luz de la lámpara suspendida sobre la mesa y al rededor de la chimenea que se incendiaba, cuánta plática dulce, cuánta novedad les narraba Honorato fumando su pipa, las manos y el rostro quemados por el aire del mar y por los soles tropicales!

Describíales países lejanos, de exóticos nombres: África, Brasil, Uruguay, Argentina; mostrábales vistas de monumentos, de personas, de llanuras y bosques muy distintos de los de Europa; enseñábales objetos raros, amuletos africanos, pájaros bra-

sileños diseçados, boleadoras argentinas. Parecía que hubiese cobrado cariño por los *pays chauds*,—según él mismo los denominaba,—hablábales de amistades sinceras contraídas allende los mares, de lindas americanas, de probabilidades de labrarse una fortuna, *là bas*, muy lejos, en aquellas tierras hospitalarias y ricas.

Hasta que cierta vez regresó el "*Equateur*," pero regresó sin Honorato; presentóse en su lugar el comandante en persona, bastante afligido, dibujando curvas con los brazos y soltando en fragmentos la noticia horrenda: la muerte de Honorato en alta mar, á consecuencia de la fiebre amarilla, contraída en Río de Janeiro, una de las ciudades que él alababa más en sus pláticas, el Dorado de sus ambiciones juveniles, la ciudad semiorienta de luz reverberante y de vegetación lujuriosa é inverosímil. Y en un segundo, los preparados festejos convirtieronse en sarcasmo; la mesa puesta, la chimenea encendida, el cuarto del oficial, adornado con sábanas, colgaduras y cortinas blanquísimas, todo sin objeto, todo

echando de menos en su implacable lenguaje sin palabras, al sostén de la familia, al infortunado muerto. Ni siquiera el consuelo que cabe á la generalidad de ir á arrodillarse y á llorar en la tumba de una de sus gentes, cupo á sor Noeline y á sus padres; el capitán al irse, sólo les dejó la copia de un acta, la narración seca y administrativa del fallecimiento, de la botadura al mar de un empleado de una gran compañía que sigue adelante en su empresa, sin preocuparse de los que perecen en su servicio; un papel despiadado, con firmas, sellos, números ininteligibles: 17 grados latitud Sur y 35 longitud Oeste del meridiano de París. A esos números debían dirigir sus preces y sus lágrimas; un punto imaginario en el infinito y movedizo desierto de agua; allí estaba el sepulcro del pobre marino!...

Lloraba sor Noeline al recuerdo de la catástrofe, con la que invariablemente remataba sus confidencias á Nona y Nona lloraba también, más porque veía llorar que porque de veras la afectara la trágica defunción de Honorato.

Por fin, aquella noche, el sueño aquietó al dormitorio; las comulgantes dormían y sor Noeline, arrullada por el suave compás de sus respiraciones, se recogió tras del biombo que sin alejarla, la separaba de las alumnas.

Poco antes de las 6, sor Noeline estuvo en pie, despertada por la superiora.

—*Étes vous prête, ma sœur?*

—*Dans un instant, ma mère.* Y en efecto, en un instante se halló lista, lavada, encuadrado su lindo rostro dentro de la almidonada toca.

¡Ah, el delicioso despertar de tanta criatura! Hallábase el dormitorio inundado de luz, una luz matutina y primaveral; por los ventiladores giratorios de las ventanas, mandaba el jardín exquisitas fragancias, un mundo de gorjeos y los repiques de las iglesias próximas, llamando á las primeras misas; en la doble fila de catres comenzaron á incorporarse las niñas, sonrientes; una porción de labios rojos, de dientes blancos y de mejillas sonrosadas, de cabelleras revueltas y de ceños rugosos; una porción

de bustos sin pudores y sin formas femeninas aún, que se esperezaban en todos sentidos; un parloteo confuso, incesante; una casta semidesnudez de infancia, un hombro que otro al descubierto, piernas angulosas todavía y sin morbideces, pugnando por entrar en las medias; muchos piececitos color de rosa oscilando en el aire, á punto de adueñarse de la alfombra. Las Perezosas, subíanse el embozo hasta los ojos, estirábanse á sus anchas bajo las sábanas, prolongando la sabrosa tibieza con que el lecho nos obsequia cuando tenemos que abandonarlo muy de mañana. Sor Noeline, con su hábito de luto, á mitad de la estancia y contagiada por tanta pureza, violentaba á las niñas con gran ternura en los ademanes y en la palabra:

—Vamos, vamos, de prisa y con juicio.

Y risas, cataratas de agua, choque de palanganas, pies descalzos en fuga; y el dormitorio siempre inundado de luz, una luz matutina y primaveral; por los ventiladores giratorios de las ventanas, el jardín siempre mandando sus exquisitas fragancias,

un mundo de gorgeos y los repiques de las iglesias próximas que llamaban á las primeras misas.....!

Luego, los trajes de ceremonia primorosamente trabajados—como que estaban hechos por las familias de las comulgantes, con el natural estímulo en cada una de mejorar á los demás. La superiora, asistida de la comunidad, procedió á la colocación respectiva de las prendas; y las buenas monjas, que no por monjas pierden su personalidad de mujeres, supieron hallar entre sus recuerdos femeninos, la suficiente coquetería para que los vestidos adquirieran su debido lucimiento. Resultaba interesante aquel grupo de religiosas, prisioneras dentro de los ingratos hábitos, sin adornarse nunca por cuenta propia en virtud de su renunciamento absoluto al mundo y á sus pompas,—arreglando aquella brigada de inocentes; haciendo nudos de listones; cogiendo con alfileres las caídas de los velos; dando á las coronas su inclinación precisa. Hacíanlo sin envidias. Simulaban costureras atareadas de una gran casa de modas, y la verdad

es que demostraron bastante pericia, que las niñas quedaron de comérselas á besos.

A las siete y media bajaron á las galerías de grandes arcadas que rodean el jardín y conducen á la capilla. Y mientras entonaban por ellas los últimos cantos previos á la comunión, acentuábase del lado de la calle un rumor de multitud. Carruajes y carruajes depositaban familias en la puerta del colegio, que eran recibidas por tres madres é instaladas en los salones que se hallan á uno y otro lado del ingreso; las mamás muy conmovidas, formando pequeños grupos inquietos; los señores silenciosos, con el encogimiento propio del sexo en las reuniones en que la mujer domina. De cuando en cuando, venían del fondo del colegio bocanadas de sacras armonías, que las comulgantes cantaban en los jardines.

De pronto, apareció la superiora y saludó á los hombres con inclinaciones de cabeza que los otros devolvían con reverencias profundas, y á las señoras, con distinguido abandono, muy rodeada de todas ellas, sus

dos manos descansando en la infinidad de manos enguantadas que la acariciaban.

—*Ça va commencer; vite, vite, à la chapelle, mesdames.*

La concurrencia, compuesta de padres y parientes, pasó á la capilla; ocupó totalmente la sillería pegada á sus muros, la igual á las de los coros de los templos: amplios sitiales, de alto respaldar y anchos brazos. En la nave, sólo había bancos para las alumnas, y á los pies del altar—muy dorado y resplandeciente de cirios,—tres bancos más y tres comulgatorios con manteles bordados.

A las ocho en punto y por la puerta principal de la capilla, se presentaron las alumnas; primero las comulgantes, pequeñas, de dos en dos, baja la vista y los brazos cruzados sobre el pecho. A media iglesia, sonó la “seña” y con una precisión militar, cayeron todas de rodillas; volvió á sonar la “seña,” dos veces, y se levantaron, siguieron su desfile hasta los comulgatorios. Después, por estaturas, penetraron las “medianas,” luego las “grandes,” ejecutando idénticas

maniobras. Cuando la incansable y estridente "seña" sonó de nuevo tres veces, el colegio entero se sentó,—pequeñas, medianas y grandes,—rompió á tocar el órgano y las madres cantoras comenzaron una aleluya.

—Siguió la misa, una misa rezada que celebró el arzobispo, ayudado de sus familiares, y que los concurrentes oyeron con gran devoción y recogimiento. La superiora, de tiempo en tiempo, se alzaba desde el presbiterio, con ojeada rapidísima recorría el blanco rebaño, y satisfecha ante su aspecto volvía á continuar atenta al santo sacrificio.

En la calle central de la capilla y en las laterales, unas manchas negras que se prosternan y al prosternarse mueven blándamente sus tocas: son las hermanas, las monjas que tienen á su cargo determinadas secciones.

Conforme se aproxima el solemne instante de la comunión, nótase en todos los semblantes honda ansiedad; miradas amantes que van á posarse en las niñas, ensimismadas y trémulas. Su Ilustrísima se vuelve,

abre los brazos, y la inmensa cruz de oro de su casulla, parece que despidiera rayos divinos. Avanza con el copón en una mano mientras que con dos dedos de su diestra ha cogido respetuosamente la sacrosanta forma que se divisa apenas. El órgano ha enmudecido, no hay nadie que no esté de rodillas.

De súbito, un sollozo materno y dos ó tres saltaparedes que cantan en un friso.

Detiénese el príncipe de la iglesia frente á la primera comulgante y con voz reposada y llena de unción, rasga el silencio:

—"*Corpus Domini Nostri Jesu-Christi...*"

Y aquel puñado de espíritus puros, aquel puñado de serafines, recibe á Dios en sus boquitas inmaculadas de ocho y nueve años; doblan después la cabeza, sobre el comulgatorio, temblando de emoción y de gratitud, en tanto que en el coro resuenan nuevamente el órgano y las voces de las monjas vírgenes; en tanto que las nubes de incienso y los llantos maternales se escapan por puertas y ventanas, y suben, suben en la límpida atmósfera de la inolvidable mañana de mayo.